

LAS FURIAS INVISIBLES DEL CORAZÓN

JOHN BOYNE



Un relato sincero y profundo sobre la Irlanda de posguerra y la lucha desesperada de un hombre por encontrar su lugar en el mundo, del autor de *El niño con el pijama de rayas*.

Hijo bastardo de una adolescente expulsada de su comunidad rural y adoptado por una excéntrica pareja de acomodados dublínenses, Cyril es un niño educado que crece acostumbrado a enmascarar sus emociones.

Extraordinariamente atento a todo lo que ocurre a su alrededor, pero tímido y retraído cuando está acompañado, pronto sabrá que es gay y tardará décadas en desprenderse de una culpa y una vergüenza paralizantes.

En un entorno que juzga abominable su orientación sexual, dos relaciones serán cruciales en su maduración: Maurice Woodbead, un amigo de la infancia que posee la audacia y la belleza que Cyril siempre ha deseado, y Bastian, un médico holandés tocado por la gracia a quien conoce cuando se muda a Amsterdam y con quien convivirá durante años.

Para John Irving

–¿Soy la única que piensa que el mundo se está convirtiendo en un lugar repugnante? – preguntó Marigold mirando a su marido, Christopher, al otro lado de la mesa del desayuno.

–En realidad –respondió él–, a mí me parece que...

–Era una pregunta retórica –dijo Marigold, y encendió un cigarrillo, el sexto del día–. Por favor no te pongas en ridículo dando tu opinión.

MAUDE AVERY, *Como la alondra*

The Vico Press, 1950

PRIMERA PARTE

VERGÜENZA

1945

El cuco en el nido

La buena gente de Goleen

Mucho antes de que descubriéramos que había engendrado dos hijos con dos mujeres distintas, una de Drimoleague y la otra de Clonakilty, el padre James Monroe se subió al altar de la Iglesia de Nuestra Señora Estrella del Mar, en la parroquia de Goleen, West Cork, y acusó a mi madre de ser una puta.

Toda la familia se había sentado en el segundo banco. Mi abuelo, junto al pasillo, lustraba con un pañuelo la placa de bronce en memoria de sus padres, clavada en el respaldo del banco de madera de delante. Llevaba su traje de los domingos, planchado la noche anterior por mi abuela, que retorció un rosario de jaspe entre sus dedos nudosos mientras movía los labios en silencio, hasta que mi abuelo puso la mano sobre las suyas y le ordenó que se estuviera quieta. Mis seis tíos, todos con su reluciente pelo negro rociado de laca con aroma a rosa, estaban sentados al lado de mi madre en orden ascendente de edad y estupidez. Cada uno de ellos era unos dos centímetros más bajo que el de al lado, y esa diferencia se apreciaba claramente viéndolos desde atrás. Aquella mañana los chicos a duras penas podían mantener los ojos abiertos: la noche anterior se había organizado un baile en Skull y todos habían bebido como descosidos y llegado a casa en un estado lamentable, por lo que solo llevaban durmiendo unas horas cuando su padre los había despertado para ir a misa.

Al final de la fila, debajo de un grabado en madera de la décima estación del Vía Crucis, se encontraba mi ma-

dre, con un nudo en el estómago, aterrorizada por lo que iba a ocurrir. Apenas se atrevía a levantar la cabeza.

La misa empezó de la manera habitual, según me contó ella, con el cura recitando cansinamente los ritos introductorios y la congregación cantando el Kyrie fuera de tono. William Finney, un vecino de mi madre procedente de Ballydevlin, se acercó muy pomposo al púlpito y, tras aclararse la garganta delante del micrófono, se hizo cargo de las dos primeras lecturas litúrgicas, declamando con gran dramatismo, como si actuara sobre el escenario del teatro Abbey. El padre Monroe, sudando visiblemente por el grueso de sus vestiduras y la intensidad de su ira, dio paso a la aclamación y a la lectura del Evangelio antes de invitar a sus feligreses a que tomaran asiento. Tres monaguillos de mejillas sonrosadas corrieron a sentarse en su banco lateral intercambiando miradas nerviosas. Tal vez habían leído las notas del sacerdote en la sacristía, o lo habían oído repasar el sermón mientras se ponía la sotana por la cabeza. O tal vez, conocedores de la crueldad de la que era capaz ese hombre, simplemente se alegraban de que en esa ocasión no fuera dirigida a ellos.

—Toda mi familia es de Goleen, al menos hasta donde se remontan los registros —empezó el padre Monroe, contemplando ciento cincuenta cabezas levantadas y una inclinada hacia abajo—. Una vez me llegó el terrible rumor de que mi bisabuelo tenía parientes en Bantry, pero jamás he encontrado una sola prueba que lo confirmara. —El comentario provocó la risotada generalizada de los feligreses; un poco de fanatismo local no le hacía mal a nadie—. Mi madre —continuó—, una buena mujer, amaba esta parroquia. Se fue a la tumba sin haberse alejado más de unos pocos kilómetros de West Cork en toda su vida y nunca se arrepintió de ello. «Aquí vive buena gente», me decía siempre. «Buena, honesta y católica». ¿Y sabéis una cosa? Nunca había tenido motivos para dudarle. Hasta el día de hoy.

Un murmullo se extendió por toda la iglesia.

–Hasta el día de hoy –repitió lentamente el padre Monroe, negando con la cabeza en señal de pesadumbre –. ¿Ha venido Catherine Goggin esta mañana?

Miró a su alrededor como si no tuviera la menor idea de dónde podía encontrarla, a pesar de que ella se sentaba en el mismo banco todas las mañanas de domingo desde hacía dieciséis años. En ese momento, todos los hombres, mujeres y niños allí reunidos movieron la cabeza en su dirección. Todos excepto mi abuelo y mis seis tíos, claro, que mantuvieron la vista clavada al frente con decisión, y mi abuela, que inclinó la suya justo cuando mi madre la levantaba, en un sube y baja cargado de vergüenza.

–Catherine Goggin, ahí estás –dijo el cura, esbozando una sonrisa. Le indicó con un gesto que se acercara–. Sube aquí conmigo, como si fueras una buena chica.

Mi madre se levantó poco a poco y avanzó hacia el altar, un lugar donde hasta entonces solo había estado para recibir la comunión. No se sonrojó, según me contaría años después, sino que se puso pálida. Ese día hacía calor en la iglesia, a la humedad del verano se había sumado el aliento de los inquietos parroquianos. Ella sintió que le flaqueaban las piernas y tuvo miedo de desmayarse y que la dejaran allí tirada, marchitándose y pudriéndose en el suelo de mármol para servir de ejemplo a las otras chicas de su edad. Miró nerviosa al padre Monroe y, por un segundo, percibió todo el rencor de sus ojos.

–Parece tan inocente –dijo el padre Monroe con una media sonrisa y mirando a su rebaño–. ¿Cuántos años tienes, Catherine? –le preguntó.

–Dieciséis, padre –dijo mi madre.

–Dilo más fuerte. Para que esa buena gente del fondo pueda oírte.

–Dieciséis, padre.

–Dieciséis. Ahora levanta la cabeza y mira a tus vecinos. A tu madre y a tu padre, que han llevado una vida de-

cente y cristiana y que han supuesto un orgullo para sus propios padres. A tus hermanos, de quienes todos sabemos que son jóvenes buenos e íntegros, que trabajan duro y que jamás han llevado a ninguna muchacha por el mal camino. ¿Los ves, Catherine Goggin?

—Sí, padre.

—Si tengo que volver a decirte que hables más alto, te daré una bofetada aquí mismo, en el altar, y no habrá alma en esta iglesia que pueda culparme por ello.

—Sí, padre —repitió ella, más fuerte.

—«Sí». Acabas de pronunciar por primera y última vez esta palabra en una iglesia. ¿Te das cuenta, pequeña? Nunca tendrás tu día de boda. Veo que te llevas las manos a la barriga. Un poco abultada, ¿no? ¿Escondes algo ahí?

Un murmullo se elevó entre las hileras de bancos. Obviamente, en la congregación se sospechaba desde hacía tiempo —¿qué otra cosa podía ser?—, pero les faltaba la confirmación. Amigos y enemigos intercambiaron miradas de reojo, anticipando mentalmente las conversaciones. «Los Goggin. Qué puede esperarse de esa familia». «Él apenas es capaz de escribir su nombre y ella no puede ser más rara».

—No lo sé, padre —dijo mi madre.

—No lo sabes. Claro que no lo sabes. Porque no eres más que una fulana ignorante y tienes el cerebro de un conejo. Y la misma moral, debería añadir. Todas las jovencitas que estáis aquí —dijo alzando la voz, al tiempo que se volvía para mirar a los habitantes de Goleen, que permanecían sentados sin quitarles ojo de encima—, todas vosotras, jovencitas, fijaos bien en Catherine Goggin y ved lo que les sucede a las muchachas dispuestas a entregar alegremente su honra y su virtud. Acaban con un bebé en el vientre y sin marido que cuide de ellas.

Un consistente rumor se adueñó de la iglesia. El año anterior se había quedado embarazada una chica de la isla Sherkin. Fue un escándalo. Lo mismo había ocurrido en

Skibbereen dos Navidades atrás. ¿Se merecía Goleen la misma marca de ignominia? De ser cierto, la noticia habría corrido por todo West Cork antes de la hora del té.

—Ahora, Catherine Goggin —prosiguió el padre Monroe, poniéndole una mano en el hombro y apretando con fuerza el hueso entre los dedos—, delante de Dios y de tu familia y de toda la buena gente de esta parroquia, vas a nombrar al ingenuo que yació contigo. Vas a pronunciar su nombre ahora mismo, para que pueda confesarse y ser perdonado a ojos del Señor. Y después de eso, te marcharás de esta iglesia y de esta parroquia y jamás volverás a ensuciar el nombre de Goleen. ¿Me has oído?

Ella alzó la mirada y se volvió hacia mi abuelo, cuya cara parecía de granito mientras contemplaba la estatua de Jesús crucificado que colgaba detrás del altar.

—Tu pobre padre no puede ayudarte —dijo el sacerdote, siguiendo la dirección de su mirada—. Está claro que ya no quiere tener nada que ver contigo. Él mismo me lo dijo anoche, cuando se presentó en el presbiterio para comunicarme esta vergonzosa noticia. Y que nadie de los aquí presentes lo responsabilice de lo que ha pasado; Bosco Goggin ha criado a sus hijos de acuerdo a los valores católicos. ¿Qué culpa tiene él de que haya una manzana podrida en un barril lleno de piezas sanas? Catherine Goggin, dime el nombre de ese pobre ingenuo ahora mismo, dime su nombre para que podamos expulsarte y no tengamos que ver tu sucia cara nunca más. ¿O es que no sabes cómo se llama? ¿Se trata de eso? ¿Acaso han sido tantos que no puedes estar segura?

Un grave murmullo de incomodidad recorrió los bancos. Incluso en plena oleada de cotilleos, la congregación sintió que tal vez las cosas estaban llegando demasiado lejos, puesto que ese comentario involucraba en aquel acto inmoral a todos sus hijos. El padre Monroe, que había dado cientos de sermones en esa iglesia a lo largo de dos

décadas y sabía captar el estado de ánimo de sus feligreses, trató de contenerse un poco.

—No —dijo—. No. Creo que todavía te queda una pizca de decencia y que fue un solo chaval. Pero has de decirme el nombre ahora mismo, Catherine Goggin, o te las verás conmigo.

—No lo diré —respondió mi madre, negando con la cabeza.

—¿Cómo?

—No lo diré —repitió ella.

—¿No lo dirás? Tú la timidez la dejaste atrás hace mucho tiempo. Te das cuenta, ¿verdad? El nombre, muchachita, o juro ante la cruz que te echaré a latigazos de esta casa de Dios sumida en la vergüenza.

Ella levantó la mirada y echó un vistazo a toda la iglesia. Fue como en una película, me diría más tarde, todos contenían el aliento y se preguntaban a quién señalaría con el dedo de la culpa. Todas las madres rezaban para que no fuera su hijo. O lo que era peor, su marido.

Abrió la boca y pareció a punto de dar una respuesta, pero cambió de idea y negó con la cabeza.

—No lo diré —repitió en voz baja.

—Entonces he terminado contigo —dijo el padre Monroe, que se puso detrás de ella y le propinó una fuerte patada en el trasero, que la hizo trastabillar con los escalones del altar y la obligó a parar el golpe con las manos, puesto que, incluso en esa etapa tan temprana de mi desarrollo, mi madre estaba dispuesta a protegerme a toda costa—. Largo de aquí, mujerzuela, y largo de Goleen. Llévate tu infamia a otro lugar. En Londres han construido casas para la gente de tu calaña, llenas de camas donde tumbarte y abrigarte de piernas con el primero que pase y satisfacer tus perversiones.

Los feligreses lanzaron un grito ahogado de aterrizado deleite al oír aquellas palabras; incluso los adolescentes, conmocionados ante semejantes ideas. Cuando mi

madre se levantó del suelo, el sacerdote dio un paso adelante, la agarró del brazo y la arrastró por la nave de la iglesia, con las babas chorreándole por la boca y el mentón y la cara roja de indignación, y tal vez con una excitación visible para los que sabían dónde buscarla. Mi abuela volvió la cabeza, pero mi abuelo le dio un codazo en el brazo y ella apartó de nuevo la mirada. Mi tío Eddie, el menor de los seis y el más cercano a mi madre en edad, se levantó y gritó: «¡Ah, vamos, ya está bien!». A continuación, mi abuelo también se puso de pie y tumbó a su hijo de un puñetazo en la mandíbula. Después de eso, mi madre ya no consiguió ver nada más, porque el padre Monroe la arrojó al suelo del cementerio que se extendía al otro lado de la puerta, le ordenó que se marchara del pueblo en menos de una hora y declaró que desde ese día en adelante el nombre de Catherine Goggin no volvería a oírse ni a mencionarse en la parroquia de Goleen.

Ella se quedó tumbada en el suelo unos minutos, según me dijo, sabiendo que todavía quedaba más de media hora de misa, antes de emprender el regreso a su casa, donde suponía que ya habría una bolsa preparada para ella junto a la puerta de entrada.

–Kitty –dijo una voz a su espalda.

Para su sorpresa, vio a mi padre avanzar nervioso en su dirección. Lo había visto sentado en la última fila, por supuesto, mientras el cura la arrastraba hacia la puerta, y, dicho sea en su favor, parecía de lo más avergonzado.

–¿No has hecho ya suficiente? –preguntó ella, que se tocó la boca y luego se miró la sangre entre sus uñas sin cortar.

–Yo no quería que pasara nada de esto –dijo él–. Lamento mucho lo que te ha ocurrido, te lo aseguro.

–¿Lo que me ha ocurrido? –preguntó ella–. Si el mundo fuera diferente, nos habría ocurrido a los dos.

–Vamos, Kitty –dijo él con el apelativo que venía utilizando para ella desde que era una niña–. No seas así. To-

ma un par de libras –añadió pasándole dos billetes verdes irlandeses–. Esto debería ayudarte a empezar de nuevo en otro sitio.

Ella miró los billetes un instante antes de romperlos lentamente por la mitad.

–Ah, Kitty, no tenías por qué...

–No importa lo que haya dicho ese hombre, yo no soy una puta –le dijo, haciendo una bola con los pedazos y lanzándoselos–. Toma tu dinero. Con un poco de cinta adhesiva puedes volver a juntarlos y utilizarlos para comprarle a mi tía Jean un bonito vestido para su cumpleaños.

–Cristo bendito, Kitty, ¿quieres bajar la voz, por el amor de Dios?

–Ya no volverás a oírla –dijo ella dándose la vuelta para ir a su casa y luego subirse al último autocar de la tarde a Dublín–. Buena suerte.

Y así fue como se marchó de Goleen, el lugar donde había nacido y al que no volvería hasta sesenta años más tarde, cuando regresó conmigo a ese mismo cementerio y buscó entre las lápidas lo que quedaba de la familia que la había echado de allí.

Un billete de ida

Tenía ahorros, por supuesto: unas pocas libras escondidas en una media que guardaba en un cajón de la cómoda. Mi madre solía hacerle recados a una anciana tía, muerta tres años antes de su caída en desgracia, que siempre la recompensaba con unos cuantos peniques, que se habían ido acumulando con los años. Además, le quedaba algo del dinero de la comunión e incluso un poco de la confirmación. Ella nunca había sido derrochadora. Tenía pocas

necesidades y las cosas que podrían haberle gustado ni siquiera sabía que existían.

Como había supuesto, cuando llegó a su casa encontró un bolso cuidadosamente preparado apoyado junto a la puerta, con su abrigo y su gorra tirados encima. Decidió dejar esas dos prendas sobre el brazo del sofá, puesto que eran usadas, heredadas de algún familiar, y suponía que la ropa de domingo que llevaba puesta le sería de más utilidad en Dublín. Abrió el bolso y buscó la media que hacía las veces de monedero. Allí estaba, guardando con celo su secreto tal como ella misma había hecho con el suyo hasta la noche anterior, cuando su madre había entrado en su dormitorio sin llamar a la puerta y la había descubierto de pie frente al espejo con la blusa desabrochada, acariciándose la barriga con una mezcla de temor y fascinación.

El viejo perro la observó desde su sitio frente a la chimenea y le dedicó un prolongado bostezo, pero no trotó hacia ella moviendo la cola como hacía siempre, a la espera de una caricia o un cumplido.

Fue a su dormitorio para ver si había algo que quisiera llevarse consigo. Estaban los libros, por supuesto, pero ya los había leído todos, y además también habría libros al final de su viaje. En la mesita de noche había una estatuilla de porcelana de santa Bernardita; sin más motivo que irritar a sus padres, la puso de cara a la pared. Revisó el contenido de una cajita de música que había pertenecido a su madre y en la que guardaba tesoros y recuerdos, mientras la bailarina giraba y sonaba «La Esmeralda», de Pugni. Finalmente decidió que todas esas cosas pertenecían ya a otra vida, así que cerró la caja de golpe y la bailarina se dobló por la cintura antes de desaparecer.

«Perfecto», pensó ella al salir de su casa por última vez y enfilar la calle en dirección a la Oficina de Correos, donde se sentó sobre la hierba seca hasta que llegó el autocar. Se instaló en la parte de atrás, al lado de la ventanilla